

libertad; pero que se ve obligado á consignar la verdadera doctrina. Dice así: "Por manera que para saber en los casos concretos si hay ó no hay obligación de obedecer al superior, hay que atenerse á la siguiente disyuntiva. ¿Manda el superior cosas que O NO SON DE SU INCUMBENCIA, ó bien SON CONTRARIAS á lo dispuesto por un superior de jerarquía más alta? entonces COMO SI NADA MANDARA" [*Planas. El Misionero apostólico*].

El Sr. Arzobispo Labastida me mandaba NO HACER OPOSICION NINGUNA POLITICA AL GOBIERNO, NI ATACAR LA CONQUISTA PACIFICA, NI ORGANIZAR A LOS CATOLICOS PARA REIVINDICAR SUS DERECHOS. Me mandaba, pues, cosas que O NO ERAN DE SU INCUMBENCIA, ó eran CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, y á más de que me mandaba cosas que NO ERAN DE SU INCUMBENCIA O CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, yo tenía que seguir la obligación de mi voto.

En la lucha que se suscitó, la prudencia estuvo de mi parte llegando yo hasta suprimir mi periódico con heroico sacrificio de mi único modo de vivir y guardando silencio en espera de mejores tiempos. Pero la tiranía episcopal y las alarmas de los enemigos de la Iglesia no estaban satisfechas. Me consideraban lleno de vitalidad secreta y rodeado de un prestigio que me haría resurgir tarde ó temprano y por eso la autoridad eclesiástica me exigía EL SUICIDIO por medio de la retractación de cosas que no había hecho y por medio de la sumisión INCONDICIONAL.

El Pontífice actual en su Encíclica á los franceses distingue perfectamente entre los que hacen política para derribar á los gobiernos constituidos y los que, aceptando la permanencia de estos, según la ley, procuran por una lucha legal y pacífica, pero valerosa, la modificación de las leyes hostiles á la Iglesia. Tal era mi política tachada falsamente de levantisca. En mi oposición al gobierno había dos fases: una meramente política en que pretendía el desarrollo de los municipios conforme á los principios católicos sustentados por Taparelli en su laureada obra «*Del Gobierno representativo*» y otra mixta, de lo que podría llamarse política religiosa. En la primera, como materia libre al Prelado *no le asistía derecho* de imponerme sus opiniones políticas particulares y menos cuando las mías tenían más arrimo y apoyo que las suyas en la doctrina católica, como lo tengo demostrado sin mentarlo en mi obra «*La Bandera Guadalupana*» pags. 188 y sig. En la segunda faz de mi acción como propagandista, el Prelado tampoco tuvo derecho de impedir mi acción porque yo seguía la doctrina del Papa y él la contrariaba. De manera que, conforme la doctrina consignada por Planas, yo pude hacer á un lado al Ilmo. Sr. Labastida «*COMO SI NADA MANDARA.*» Sin embargo, yo le guardé todo género de consideraciones y de respetos y callé muchas cosas graves que de sus mismos labios sabía y que ponían en peligro la religión y la patria.

Pude no suprimir mi periódico, pude defender mi tesis como ahora lo hago, pude no llegar á la orilla de la miseria.

Pero el Sr. Labastida nada de estas sublimes abnegaciones comprendió, ni las han entendido suficientemente los mismos partidarios míos, ni mucho menos mis enemigos; y cuando me vió retroceder creyó que me aniquilaría con no cejar en sus exigencias y atormentarme con el sitió por hambre y de todas maneras. ¡Cuán equivocado!

## V.

*Conducta doble y engañosa del Ilmo. S. Labastida.—Lo que hemos bajado de 1877 á 1901.—Conspiraciones políticas con generales liberales.—Primeras armas del Sr. Sánchez Santos en la Sociedad Munguía.—Mi separación de "La Voz" por sus ligas con un periódico impío.—Esperanzas del Sr. Labastida é intrigas con el partido Benitista.*

He dicho que la política del Ilmo. Sr. Labastida era EQUIVOCA. Es necesario tenerlo muy presente para que se comprenda que cuando le hago unos cargos y luego otros que parecen borrar la imputación que los primeros encierran, la divergencia de pareceres no está en mí, sino en su conducta, vacilante y tornasol en ciertos puntos, y solo compacta y seguida en sostener todo lo que significara centralización de la autoridad. *Esta observación es muy importante* y para la perfecta inteligencia de este escrito pido que SE TENGA PRESENTE; de otra manera parecería yo estar en contradicción, siendo así que la contradicción corre y camina en todos los actos del Sr. Labastida que por sus antecedentes fue intransigente y concluyó por la transigencia más vergonzosa.

En algunas cosas y hasta cierto momento el Sr. Labastida *me apoyó resueltamente*, en otras asintió *como Prelado* por no tener razones que oponerme, disimulando sus planes particulares y debajo cuerda procuró *desbaratar los míos*. Su oposición absoluta estalló cuando consideró bastante minado el terreno para derribar mis empresas y llevar adelante la suyas.

Sin esta clave no se comprenderá bien el juego de los acontecimientos que son asunto de este opúsculo, ni se comprenderá tampoco la razón de ser de mis escritos en cada situación determinada. Por ejemplo, el Sr. Labastida, contestando la carta del Ilmo. Sr. Loza, fechada el 15 de Abril de 1889 hecha pública en los periódicos, asegura que por muchos años hizo *esfuerzos inauditos* porque yo no escribiera, bien que en papeles privados y en conversaciones me apoyase para que escribiera y le presentase programas de periódicos. Si el Ilmo. Prelado aparentaba apoyarme y *secretamente* desbarataba lo que por un lado parece que ambos tejíamos semejante deslealtad y contradicción en la conducta no son á mi cargo, sino al suyo y yo puedo decir y estar en la creencia y conciencia de que me apoyaba, aun cuando luego haya aparecido su dolo y su traición.

También debe tenerse presente otra consideración á que me ha llevado el estudio de los hechos y de las personas que han intervenido desde años atrás en los acontecimientos públicos católicos, y es el trabajo de zapa incesante de la masonería para confundir las ideas, introducir sus adeptos en las redacciones y cerca de los Prelados y rebajar de día en día la virilidad de los caracteres. De aquí depende que comparado el Ilmo. Sr. Labastida de 1877 en que parten los primeros hilos de la historia que voy á relatar, con el Sr.



Labastida de 1889 se encuentre este muy amenguado, como amenguado lo estaba ya el Labastida de 1877 respecto del Labastida que en Puebla y durante la guerra de tres años sostuvo y defendió los sacrosantos fueros de la Iglesia.

Para llegar á la condenación que se hizo de mi obra guadalupana, tuvo que descenderse mucho camino en la vertiente: solo levantando la vista se ve cuánto hemos descendido, y así sólo se podrá estimar mi papel de perro que inútilmente ladra al Pastor que se precipita: y del descenso y del desastre á donde hemos llegado y de las previsiones cumplidas del apóstol seglar tendrá que salir para la Iglesia y para la historia la brillante consecuencia que sacar me propongo, acerca del poder y del papel de la conciencia individual en lucha con el cesarismo eclesiástico.

Véamos hacia arriba de la vertiente que hemos bajado.

«La Voz de México» que al presente es como una sexagenaria sin dientes y sin muelas; era entonces un periódico doctrinal de combate escrito por poderosas inteligencias que hoy se avergonzarían viéndola cubierta de harapos; pero sus redactores no supieron aprovechar la reacción católica que se iniciaba debido á un sentimiento egoísta y centralizador por el cual no querían más periódico que el suyo propio. Aunque creyentes, nunca pensaron en una organización de los católicos pacífica y valerosa como la que yo emprendí después, sino que trabajaron en la sombra por reconquistar lo perdido, por medio de combinaciones meramente políticas y golpes de mano armada. Como ya murieron los directores de esa política y no hay modo de que sean perseguidos, puedo decir que su error consistió en entrar en pactos secretos con algunos liberales como el Gral. Mirafuentes, y después el Gral. Toledo, muertos ya, con los cuales anduvieron en cuchicheos. Yo lo supe, pero me mantuve lejos. Estos trabajos se transparentaron entonces y á ellos hizo alusión el Sr. Díaz Leal en «El Reportijón» que redactaba. (Agosto 24 de 79).

«La Voz», pues, aunque entonces se conservaba aún en el buen terreno doctrinal comenzó, en la práctica, la política de las transacciones que debía perdernos.

Yo era entonces muy joven; pero gozaba á la sazón de inmenso crédito. El Sr. Lic. D. Manuel de la Hoz me trajo por aquellos años un retrato del Ilmo. Sr. Loza, en que como muestra de distinción aparecía con una carta mía en las manos. Este Prelado y los principales de la República estaban acordados en el plan que les manifesté para que en la Sociedad Munguía que había fundado y en un periódico que debía aparecer bajo sus auspicios educase yo nuevos campeones de la buena causa á la sombra de otros ya experimentados y aguerridos. Más tarde el Sr. Labastida me tachó de incompetente; pero en aquella época, á pesar de tener yo poco más de veinte años, iba él, é iba casi casi todo el episcopado á poner en mis manos la dirección del movimiento católico. Escritores de gran nombradía como el Sr. D. Tirso R. Córdoba, cuyas cartas laudatorias conservo, no vacilaban en aceptarme como jefe, ni en darse de hombro conmigo, hombres de la importancia de D. Alejandro Arango y Escandón y D. Manuel García Aguirre, como lo pueden probar sus autógrafos. En las Américas para el desarrollo de mi plan, empecé á trabar relaciones importantes como la del Sr. Velez, director del «Eco de Córdoba» y en España debían ser mis corresponsales hombres

tan eminentes como D. Gabino Tejado que me honraba con su amistad. El terreno estaba preparado y se deseaba con ansia por todos los amigos del *latinismo*, el desarrollo de mis pensamientos. Pero la falta de vigilancia en el Prelado para reprimir la envidia que al fin debía dar al traste con mis empresas dejó que esta se armase contra mí en la sombra celosa de elogios que me hacía toda la prensa católica del país y aun la que no lo era. Bien se que no los merecía; pero mis compañeros se envenenaban cuando personas como el Director de «La Voz de Cuba» me suponían «el primero de los periodistas católicos de América.»

En la Sociedad Munguía nombré secretario al Sr. D. V. Agüeros y allí hicieron sus primeras armas los hermanos Sánchez Santos. Refiriéndose á la protección que les daba, me decía en una carta el Sr. Arcediano D. J. Z. Cañete que me los recomendó: «Le estoy muy agradecido por su acogida á mis ahijados: con la dirección de usted y el auxilio que debido á usted les imparte en dinero D. Alejandro (hablaba del Sr. Arango y Escandón) esos muchachos llegarán á ser de provecho, según espero y podrán ser útiles á los proyectos que vd. persigue.»

Mi crédito y el haber trascendido á «La Voz» algo de mis planes fué la causa y el principio de la guerra de que soy víctima. «La Voz» no se conformaba con quedar en segunda fila, ni sus viejos redactores con que un joven fuese el jefe de un gran movimiento internacional. «La Voz de México» que llegó á declarar que «no convenía que hubiese nuevos periódicos católicos» (9 de Julio de 89) comenzó, unida secretamente el periódico impío «La Libertad», una guerra contra mí en que concluyó por decir que este periódico, sobre toda ponderación impío y blasfemo, *había respetado siempre los fueros del hogar y de la moral.*»

La consecuencia fué mi separación de «La Voz» y una lucha en que intervino el Ilmo. Sr. Labastida. Esta lucha merecía un libro por sí sola; pero obligado á la brevedad, sólo diré que la política de miedo, de transacción y de falsas esperanzas, dió al traste con la obligación moral que el Prelado tenía de que los periódicos católicos no sancionasen como buenos á periódicos rematadamente impíos. El Sr. Labastida que me había autorizado para desmentir á «La Voz» que se decía apoyada por él y que luego, debido á poderosas influencias y sutiles intrigas, me quiso dejar en seco, y como usurpador de su nombre, montó en ira cuando me mantuve firme; y entonces perdí todo el terreno que como jefe de un movimiento religioso iba á ganar, apoyado por él, como lo expresa su carta de 14 de Octubre de 1877. En su comunicación de 27 de Marzo de 1879, año en que se desarrollaban estos sucesos, S. Ilma. salvó á «La Voz», santificó á «La Libertad» y á mí me fulminó.

En aquel tiempo no habían descendido tanto los Obispos y el Ilmo. Sr. Loza en carta que en copia de su puño y letra poseo, fechada el 31 de Enero de 1880, le indicó la injusticia de su proceder y los graves perjuicios que se me habían seguido.

Uno de ellos fué el peligro en que estuve de perder la vida, debido á la pena que me causó el desengaño de ver á un Prelado salvando á los herejes,



castigando al hijo inocente, é impidiendo la realización de ideales que me apasionaban.

Por certificación del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez, uno de los médicos que en aquella ocasión me atendió, fechada el 3 de Diciembre de 1881, consta que la enfermedad que padecí fué de la mayor gravedad.

A más del subidísimo orgullo del Sr. Labastida que cuando me negó la autorización que en efecto me diera, se irritó de mi firmeza en no sacrificarme ni ponerme por él en caricatura, hubo otro elemento que favoreció á "La Voz" en la lucha y fué el transaccionismo práctico que, por fin ha venido á convertirse en teórico, como lo veremos después. Una persona bien relacionada entre los católicos para saber cómo andaban las cosas, el Sr. D. F. Flores Alatorre, director de «El Amigo de la Verdad.» entonces intransigente, pero que después hartado de beneficios del Sr. Labastida, según el mismo lo dijo, cedió por fin, me escribía en Mayo 26 de 1879, lo siguiente:

«No puedo expresar á vd. la pena y desaliento que me produjo la carta de Sr. Arzobispo, pues veo que su OBCECACION cada vez, es mayor y hasta adivino que esa estrecha liga que tiene con «La Voz» ha de ser con mira política, pues se dice que Benitez busca el apoyo de los conservadores y de la Iglesia ofreciendo á esta y los católicos toda clase de garantías; no es extraño, pues, que haya alucinado al Prelado como lo *embaucó* Lerdo, y que el Sr. Arzobispo, «La Voz» y «La Libertad» tengan como punto de contacto á Benitez.»

## VI.

*La división de los católicos.—Mal gobierno de la Mitra de México denunciado por sacerdotes.—Ataques y burlas terribles de los periódicos católicos al Sr. Gral. Díaz.—Daños causados por «El Tiempo.»—Sátiras y amenazas de «El Tiempo» al Ilmo. Sr. Labastida.—Baladronadas de «La Voz», de que jamás aceptaría al Sr. Díaz.—El Sr. Labastida se opone á la formación de un congreso de católicos y á la renovación de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe.—Acusaciones á éste de «El Amigo de la Verdad.»*

La división que empezó á brotar en el campo católico debió ser impedida por los Prelados. Un Prelado sabio y prudente hubiera comprendido que no sin peligro se hiere la doctrina y que es misión suya el pacificar y organizar en caridad y justicia, para lo cual, con firmeza y tino, *se reprime* al que ataca derecho ageno y *se alienta* al que es capaz de prestar mejores servicios sociales. Pero por regla general los Prelados han hecho todo lo contrario: han protegido á los mercaderes en religión, han dejado brotar la zizania en el campo del periodismo y han desalentado ó desprestigiado á los integros.

El Sr Pbro. D. Benigno Fuentes con mucha gracia me decía en una de sus cartas: "se dice que los Prelados son puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios: eso quisiéramos en México: que la rigiesen y no

tan eminentes como D. Gabino Tejado que me honraba con su amistad. El terreno estaba preparado y se deseaba con ansia por todos los amigos del *latinismo*, el desarrollo de mis pensamientos. Pero la falta de vigilancia en el Prelado para reprimir la envidia que al fin debía dar al traste con mis empresas dejó que esta se armase contra mí en la sombra celosa de elogios que me hacía toda la prensa católica del país y aun la que no lo era. Bien sé que no los merecía; pero mis compañeros se envenenaban cuando personas como el Director de «La Voz de Cuba» me suponían "el primero de los periodistas católicos de América."

En la Sociedad Munguía nombré secretario al Sr. D. V. Agüeros y allí hicieron sus primeras armas los hermanos Sánchez Santos. Refiriéndose á la protección que les daba, me decía en una carta el Sr. Arcediano D. J. Z. Cañete que me los recomendó: «Le estoy muy agradecido por su acogida á mis ahijados: con la dirección de usted y el auxilio que debido á usted les imparte en dinero D. Alejandro (hablaba del Sr. Arango y Escandón) esos muchachos llegarán á ser de provecho, según espero y podrán ser útiles á los proyectos que vd. persigue.»

Mi crédito y el haber trascendido á "La Voz" algo de mis planes fué la causa y el principio de la guerra de que soy víctima. "La Voz" no se conformaba con quedar en segunda fila, ni sus viejos redactores con que un joven fuese el jefe de un gran movimiento internacional. "La Voz de México" que llegó á declarar que "no convenía que hubiese nuevos periódicos católicos" (9 de Julio de 89) comenzó, unida secretamente el periódico impío «La Libertad», una guerra contra mí en que concluyó por decir que este periódico, sobre toda ponderación impío y blasfemo, *había respetado siempre los fueros del hogar y de la moral.*»

La consecuencia fué mi separación de «La Voz» y una lucha en que intervino el Ilmo. Sr. Labastida. Esta lucha merecía un libro por sí sola; pero obligado á la brevedad, sólo diré que la política de miedo, de transacción y de falsas esperanzas, dió al traste con la obligación moral que el Prelado tenía de que los periódicos católicos no sancionasen como buenos á periódicos rematadamente impíos. El Sr. Labastida que me había autorizado para desmentir á «La Voz» que se decía apoyada por él y que luego, debido á poderosas influencias y sutiles intrigas, me quiso dejar en seco, y como usurpador de su nombre, montó en ira cuando me mantuve firme; y entonces perdí todo el terreno que como jefe de un movimiento religioso iba á ganar, apoyado por él, como lo expresa su carta de 14 de Octubre de 1877. En su comunicación de 27 de Marzo de 1879, año en que se desarrollaban estos sucesos, S. Ilmo. salvó á "La Voz," santificó á «La Libertad» y á mí me fulminó.

En aquel tiempo no habían descendido tanto los Obispos y el Ilmo. Sr. Loza en carta que en copia de su puño y letra poseo, fechada el 31 de Enero de 1880, le indicó la injusticia de su proceder y los graves perjuicios que se me habían seguido.

Uno de ellos fué el peligro en que estuve de perder la vida, debido á la pena que me causó el desengaño de ver á un Prelado salvando á los herejes,



castigando al hijo inocente, é impidiendo la realización de ideales que me apasionaban.

Por certificación del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez, uno de los médicos que en aquella ocasión me atendió, fechada el 3 de Diciembre de 1881, consta que la enfermedad que padecí fué de la mayor gravedad.

A más del subidísimo orgullo del Sr. Labastida que cuando me negó la autorización que en efecto me diera, se irritó de mi firmeza en no sacrificarme ni ponerme por él en caricatura, hubo otro elemento que favoreció á «La Voz» en la lucha y fué el transaccionismo práctico que, por fin ha venido á convertirse en teórico, como lo veremos después. Una persona bien relacionada entre los católicos para saber cómo andaban las cosas, el Sr. D. F. Flores Alatorre, director de «El Amigo de la Verdad,» entonces intransigente, pero que después hartado de beneficios del Sr. Labastida, según el mismo lo dijo, cedió por fin, me escribía en Mayo 26 de 1879, lo siguiente:

«No puedo expresar á vd. la pena y desaliento que me produjo la carta de Sr. Arzobispo, pues veo que su OBCECACION cada vez es mayor y hasta adivino que esa estrecha liga que tiene con «La Voz» ha de ser con mira política, pues se dice que Benítez busca el apoyo de los conservadores y de la Iglesia ofreciendo á esta y los católicos toda clase de garantías; no es extraño, pues, que haya alucinado al Prelado como lo *embaucó* Lerdo, y que el Sr. Arzobispo, «La Voz» y «La Libertad» tengan como punto de contacto á Benítez.»

## VI.

*La división de los católicos.—Mal gobierno de la Mitra de México denunciado por sacerdotes.—Ataques y burlas terribles de los periódicos católicos al Sr. Gral. Díaz.—Daños causados por «El Tiempo.»—Sátiras y amenazas de «El Tiempo» al Ilmo. Sr. Labastida.—Baladronadas de «La Voz,» de que jamás aceptaría al Sr. Díaz.—El Sr. Labastida se opone á la formación de un congreso de católicos y á la renovación de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe.—Acusaciones á éste de «El Amigo de la Verdad.»*

La división que empezó á brotar en el campo católico debió ser impedida por los Prelados. Un Prelado sabio y prudente hubiera comprendido que no sin peligro se hiere la doctrina y que es misión suya el pacificar y organizar en caridad y justicia, para lo cual, con firmeza y tino, *se reprime* al que ataca derecho ajeno y *se alienta* al que es capaz de prestar mejores servicios sociales. Pero por regla general los Prelados han hecho todo lo contrario: han protegido á los mercaderes en religión, han dejado brotar la zizaña en el campo del periodismo y han desalentado ó desprestigiado á los íntegros.

El Sr. Pbro. D. Benigno Fuentes con mucha gracia me decía en una de sus cartas: «se dice que los Prelados son puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios: eso quisiéramos en México: que la rigiesen y no

que la desorganización.» Y el Sr. Cura D. Pedro Sastre en carta que me dirigió desde España en 24 de Agosto de 1870 me pinta con colores muy vivos la desorganización interior en el gobierno eclesiástico de México, y las luchas de facciones que acaban por quitar de cuadro á los verdaderos defensores de la Iglesia.

Sin embargo, en la época á que me vengo refiriendo no se habían degradado tanto los caracteres, y comparando los escritos de la prensa católica de entonces con los de ahora, se encontrará en aquellos la condenación de los presentes. Iba tomando vuelo el partido transaccionista, pero la misma «Voz» que empezaba el acomodamiento, era muy distinta de como es ahora. Lástima y dolor causa ver los alardes que entonces hacían todavía los católicos comparados con sus actuales bajezas y sus denigrantes *mea culpas*.

Ni por vía de referencia quiero reproducir lo que la prensa católica decía entonces del gobierno actual, para compararlo con lo que dice hoy. Resuelto á separarme de la política no querría que la reproducción que yo hiciese se estimase como una amarga sátira. Pero el que quiera ver y estudiar cambios de frente, puede consultar, entre mil artículos, el que escribí «La Voz de México,» el año de 1888 intitulado «El Brindis de Minería» y los de 28 de Junio de 87, 2 de Mayo de 88, 20 de Junio de 85, 17 de Marzo de 88, 24 de Abril de 87, Febrero 19 de 85 y diversos artículos de Julio de 1879 relativos á los fusilamientos de Veracruz. De los demás periódicos católicos pueden señalarse incontables artículos que son el reverso de la medalla respecto de los que hoy escriben. Admira, pasma y sorprende una transformación tan absoluta . . . . !

Si me propongo guardar en política alto silencio es porque con católicos anémicos y liberalizados nada se puede hacer. Si yo escribiera un periódico político, sería de oposición: guardo digno silencio, porque creo cerrado el círculo de mi evolución política y porque en el periodismo no he buscado lucros, sino el desarrollo de principios. Yo había logrado levantar un partido; católicos eran mis medios, católicos eran mis fines y, sin embargo, por un extraño fenómeno los Prelados son los que más me han combatido. Si pretendiera luchar con estos, entonces sí sería un loco. La desorganización ha avanzado mucho camino y no soy yo el que la pueda contener. Estos católicos todo lo reducen á mucho pietismo, á funciones de iglesia, donde se consume la cera por arrobas, donde suenan flautas y violines; pero no la voz de una predicación social viril y robusta capaz de levantar y de organizar los espíritus. Hay en la masa común algunas almas candorosas y buenas que sirven á Dios; pero aquellas águilas de la mística que aparecen para transformar las sociedades, no saldrán de este estado anodino, al cual se podría aplicar perfectamente la sentencia en que los Libros sagrados amenazan á los pueblos por que *se han disminuido en ellos las verdades y por el mal que han hecho los buenos*.

Yo digo ahora lo que Augusto Nicolás decía en su excelente obra «La Revolución y el orden cristiano:»

«La verdad os libertará, ha dicho la Verdad misma, y nunca tal vez esta divina palabra ha sido más oportuna que aplicándola á una sociedad que padece de enfermedad de mentira.»